

¡Desgraciados sobre todo los que escandalicen! Dado lo que son los hombres, es inevitable que haya escándalos; pero desgraciado el hombre por quien viene el escándalo, dice la Sagrada Escritura. <sup>(1)</sup>

No pretendemos examinar aquí si es verdad lo que siempre se nos dice de que Satanás tan sólo es una sombría ilusión de los tiempos antiguos y que hoy no tiene poder en el mundo; pero, si es verdad, entonces ¡desgraciada época la nuestra! Pues llegará un día en que, no solamente serán nuestros jueces los paganos, sino que el mismo Satanás, cuya existencia hemos hecho innecesaria, será quien nos condene. Y, sin embargo, ¡cuán de desear sería que este siniestro poder invisible no existiese ya para nosotros! Quien de veras lo desee, evitará más fácilmente el ataque de los enemigos visibles, que la astucia de un poder inatacable. Por desgracia, no es cierto que ese peligro no exista ya para nosotros; tenemos que luchar contra un enemigo inaccesible á nuestros groseros sentidos, contra un enemigo que, extraño él mismo y hostil al bien, quiere por envidia hacernos igualmente enemigos del bien.

Tenemos siempre un consuelo, el de saber que no puede acercárenos mucho, á menos de emplear medios que obren sobre nuestros sentidos y nuestra imaginación. <sup>(2)</sup>

Por eso es verdad que podemos siempre paralizar al diablo el tendón de Aquiles, si cerramos los ojos y los oídos á la belleza obtenida por la mentira, al arte y á la civilización hipócritas. Difícilmente se abrirá camino el mal hasta nuestro corazón, si nuestra inteligencia quita á los sentidos la ilusión de que puede revestirse de belleza. Lo que es malo, nunca se llamará bello; como la verdad y la bondad, la belleza sólo se encuentra en Dios. Únicamente lo que es verdadero, lo que es bello, lo que es moral, puede ser eternamente bello, verdaderamente humano.

(1) Matth., XVIII, 7.

(2) Sto. Tomas, 1, q. 111, a. 2-4.

## APÉNDICE

### ¿ES EN REALIDAD ADORADO EL DIABLO?

**1. Nadie niega la existencia del diablo.**—Casi no es necesario probar la existencia de Satanás, porque nadie lo niega; verdad es que muchos se burlan de la creencia en un mal espíritu, pero con frecuencia son precisamente los mismos que más firmemente creen en él. Hablan de él demasiado para que demos valor á sus afirmaciones; deberían empezar por aprender á callar, y eso durante mucho tiempo, para que los creyésemos serios. Quien calla no se equivoca, dice el proverbio; pero el que habla, y especialmente si habla tanto como ellos, se hace traición á sí mismo.

Por otra parte, en esta cuestión, como en la de la existencia de Dios, las palabras y la conducta del que niega están en plena contradicción: en tanto que desempeña un papel estudiado, afirma solemnemente á la muchedumbre asombrada que no hay Dios; pero que de súbito le ataque dolor agudo en una muela cariada, y abriendo la boca más de lo que desearía, exclama involuntariamente en lamentable tono, llevando la mano á la mejilla: ¡Oh Dios mío!

Otro acaba de burlarse del pueblo estúpido que todavía cree en la existencia del diablo; aun no acabó de hablar, cuando sin querer, le pisan un callo, ó le anuncian que la renta amenaza bajar un veinticinco por ciento. Con el repentino susto no encuentra—y hablamos, no sólo de carreteros y matarifes, sino también de hombres instruidos, de un profesor de ética, por ejemplo—medio más apto para consolarse en aquellas circunstancias que el nombre del que hacía un segundo empezaba á negar. ¡En qué



debemos creer? ¿En la confesión simulada ó en la involuntaria, en las palabras ó en los hechos, en la negación ó en la retractación?

No se nos tome á mal si pretendemos **que** creen más ciegamente en Satanás precisamente los **que** le niegan. Tampoco el avestruz de largas patas y **cabeza** pequeña procede como si los beduinos fuesen en su **seguimiento**; es muy extraño que entonces oculte en la **arena** su cabeza. ¿Por qué obrar de ese modo si cree ser **verdad** lo que supone? No tememos, por lo tanto, cometer **una** injusticia al decir que aquellos burlones nos recuerdan **esos** corazones de liebre que silvan ó cantan fuerte cuando **por** la noche atraviesan un bosque ó pasan cerca de **un** cementerio. Siempre hablan los hombres de lo que más **les** preocupa, y dirigen sus más amargos insultos á lo **que** les es más sensible; por el contrario, jamás hemos **encontrado**, ni aun en las mayores bibliotecas, libros en que **nadie** se haya tomado el trabajo de probar la inocuidad de **Cerbero** ó que no existió Pedro el Desgreñado.

**2. Las leyendas de los pueblos concernientes á un mal espíritu.**—En todos los pueblos se halla la creencia en un espíritu que cayó en el pecado por su rebelión contra Dios, y se esfuerza ahora en hacer daño por odio y por envidia, en el jardín terrestre de Dios. El **Rigveda** conoce un demonio malo, fanfarrón y orgulloso que se llama **Vritra**; es, como dicen muy bien, un espíritu maligno, pero, no obstante, tiene gran poder. Su asalto dirigido contra el reino de la luz fué rechazado por Indra. Se le llama también el dragón, el primogénito de los dragones, el jefe de los fantasmas encantadores. <sup>(1)</sup> En Egipto consideraban á **Apap**, llamado también **Apepi** ó **Apophis**, la serpiente enroscada, como jefe de los poderes maléficos; son sus partidarios los espíritus hostiles, los hijos de la defeción, quienes luchan contra los dioses de la luz. <sup>(2)</sup> En la leyen-

(1) Muir, *Original Sanscrit*, V, 95 y sig. Ludwig, *Der Rigveda*, III, 336 y sig. Fischer, *Heidenth. und Offenb.*, 76-80.

(2) Maspéro, *Geschichte der morgenländ. Wælker*, (deutsch von Piet-schmann, 1877, 29). Cf. Fischer, *loc. cit.*, 315.

da asirio-babilónica, el dragón de la muerte, **Tiamit**, se rebela contra los poderes del cielo, atrae los hombres á su partido, pero es derribado por **Marduk** ó **Merodach** con sus compañeros. <sup>(1)</sup> Los persas nos hablan de **Dahât**, la terrible serpiente que **Angromainyus** creó en el mundo para arruinar cuanto sea puro, especialmente para perder á **Yima**, el señor del Paraíso, y para esparcir por el mundo las enfermedades y la muerte. <sup>(2)</sup> Esto se aproxima tanto á la narración de la Biblia, que no se puede pasar adelante sin hacer notar las variedades que se advierten en la leyenda; parecería como si tuviésemos que hacer una copia del relato de la Revelación.

**3. Las religiones dualistas y las sectas.**—No podemos aquí investigar cómo se convirtió en dualismo esa creencia en un mal espíritu, ó en otros términos, cómo los hombres pudieron extraviarse hasta el punto de representar el mal al lado del bien, si no como igualmente eterno, á lo menos como tan poderoso, y de oponer al fin, el uno al otro, dos representantes de esos poderes enemigos, á saber: un Dios bueno y un dios malo. Basta saber que así era.

Podemos citar más ó menos todas las antiguas religiones paganas cuando se trata de dualismo. La misma mitología griega tiene muchas cosas referentes á esa doctrina; pues, en el fondo, **Júpiter** y su séquito de dioses envidiosos no son otra cosa que el dios malo victorioso, sólo que se adornó con las cualidades del dios de la luz vencido; pero la filosofía griega, <sup>(3)</sup> especialmente la de **Platón**, defiende resueltamente el dualismo. Entre las religiones europeas, la slava fué la que más acentuó la fe en un dios malo. Sin embargo, en nada le cede en este concepto la mitología germánica, como lo prueba la batahola de espíritus golpeadores y los fantasmas de la leyenda alemana. Aun

(1) Maspéro, *loc. cit.*, 140, 156. Fischer, *loc. cit.*, 188-191, 208-210, 212.

(2) Spiegel, *Eran. Alterthumskunde*, I, 530 y sig. Windischmann, *Zoroastrische Studien*, 27-31. Fischer, *loc. cit.*, 136, 139.

(3) Platón, *Theatet.*, 25, p. 176, a; *Leg.*, 10, p. 906, a.



tiene más aplicación á las religiones asiáticas, siendo, entre ellas, la religión babilónica y la persa las que más deifican el mal. La secta de los Yesidi ó Jesd, que todavía hoy practica la adoración del diablo, <sup>(1)</sup> es indudablemente un resto de la antigua creencia popular de Babilonia.

De esa fuente proceden las sectas dualistas que en los primeros tiempos se unieron al Cristianismo, aunque ninguna relación tengan con él, sino algunos nombres de que abusaban; sólo el maniqueísmo redujo á sistema aquella siniestra doctrina. Parte del principio de que hubo desde la eternidad dos seres divinos, <sup>(2)</sup> ó más bien, dos naturalezas divinas <sup>(3)</sup> opuestas la una á la otra, igualmente poderosas y benéficas, <sup>(4)</sup> la luz y las tinieblas, el supremo bien y el supremo mal: de él recibieron el mismo error los priscilianistas, los paulicianos, los bogomilas, los cataros ó albigenses, todos los cuales hicieron lo posible para alimentar la creencia en un mal espíritu, creencia que sigue existiendo en numerosas formas, gracias á los recuerdos de antiguas leyendas paganas, profundamente arraigadas en el pueblo.

Las sectas de que hemos hablado debieron oír frecuentemente que su creencia en el diablo conducía, como es natural, á las doctrinas más abominables y á prácticas, que no lo eran menos; pero todavía hubo otras de las cuales se aseguraba eso de un modo tan constante y categórico, que es difícil tomarlo como pura invención. Nuestra época que, según hemos visto con frecuencia, tiene especial propensión á canonizar todos los monstruos de la historia, se ocupa también, como es natural, en estas sectas, favoreciéndolas todo lo posible; pero los testimonios son demasiado numerosos é irrefutables para que pueda prescindirse de ellos.

Ya Celso, testigo nada sospechoso de parcialidad, nos

(1) Ritter, *Erdkunde*, IX, 758-762. Spiegel, *loc. cit.*, II, 64 y sig. *Wetzer und Weltes Kirchenlexikon*, (1) XI, 1214 y sig.

(2) Agustín, *Mor. eccl. cathol.*, 1, 10, 16.

(3) Agustín, *loc. cit.*, 2, 3, 5; *De vera relig.*, 9, 16.

(4) Agustín, *Continent.*, 9, 22; *Don. persev.*, 11, 27.

habla de pretendidos cristianos que llaman al creador del mundo un dios maldito. <sup>(1)</sup> ¡Extraños cristianos por cierto! Realmente, eran adoradores de la serpiente, ophitas ó naasenios que se habían separado del Cristianismo, hasta el punto de no acoger entre ellos á quien no hubiese abjurado esta religión. <sup>(2)</sup> Tomaron aquel nombre en honor de la serpiente, que, según enseñaban, se había mostrado el mayor bienhechor de la humanidad, comunicándole la verdadera sabiduría y la verdadera ciencia. <sup>(3)</sup> Dios, decían blasfemando, Dios, que por envidia al hombre quería poner trabas á los progresos del espíritu, había perdido el derecho de ser adorado; pero la serpiente merecía verdaderamente homenajes divinos como autor de toda luz y de toda civilización. <sup>(4)</sup>

Marción va más lejos aún. El Dios del Antiguo Testamento, dice en términos que parecen tomados de los francmasones modernos ó de los antisemitas, Jehovah es el autor de todos los males; es un dios sanguinario, sediento de sangre humana; es el autor de las más salvajes guerras de religión, de los sacrificios humanos, de las copiosas matanzas. <sup>(5)</sup> Debemos á la serpiente cosas más numerosas y mejores; en tanto que Dios quería mantenernos en la ignorancia, ella nos abrió los tesoros de la verdadera ciencia; <sup>(6)</sup> por eso tiene derecho á nuestra veneración, y no solamente ella, sino todos sus adeptos, Caín, los sodomitas y otros grandes criminales; por el contrario, Abel, Noé, Henoch y otros patriarcas, que se sustrajeron á ese conocimiento, deben ser considerados como réprobos. <sup>(7)</sup>

Aquí están completamente invertidas la significación del bien y la del mal; como dice Dante hablando del in-

(1) Orígenes, *Contra Cels.*, 6, 28, 29.

(2) *Ib.*, 6, 28.

(3) *Ib.*, 6, 28. Tertullian., *Præscript.*, 47.

(4) Filostrio Brix., *Hæret.*, 1, Nicetas, *Thesaur. orthodox.*, 4, 9. Anastas. Sin., *Anagog. contempt in Hexæm.*, l. 10.

(5) Ireneo, 1, 27, 2.

(6) Teodoreto, *Hæret. fab.*, 1, 24. Nicetas, *Thesaur. orthodox.*, 4, 14.

(7) *Ibid.*



fierno, el amor de Dios se convirtió en odio, el disgusto hacia el mal en respeto y en admiración.

Teodoreto relató un hecho que demuestra hasta qué punto se llevaba ese odio. Él mismo conocía á un viejo de noventa años que nunca se lavaba con agua, sino con saliva. Preguntado por qué hacía eso, respondió que, como no quería nada con el creador, evitaba él, su criatura, emplear el agua. Indudablemente se veía obligado á usarla como bebida, lo mismo que se servía de los alimentos; pero lo hacía de mala gana, y únicamente por la extrema necesidad, porque no podía vivir de otro modo. <sup>(1)</sup>

Los cainitas usaban un lenguaje aun más impío y blasfematorio; se cree oír en ellos á Byron, Daumer, Dühring y otros precursores del moderno antisemitismo. Abel y los demás justos de que habla la Escritura fueron espíritus limitados, hombres débiles, con los cuales no querían tener semejanza alguna; Caín, Esaú, los sodomitas, la banda de Coré, Judas, esos fueron los espíritus viriles, y ellos salvaron el honor de la humanidad; de su partido quieren ser, y por eso se alaban con orgullo de su parentesco y solidaridad con Caín, Esaú, los sodomitas y Judas. <sup>(2)</sup> Dios, según el Antiguo Testamento, dicen, es el miserable castigador que hizo la ley, esto es, los diez mandamientos, únicamente para impedir el verdadero progreso de la humanidad hacia la libertad y la independencia. Pero es demasiado débil para asegurar á su ley protección y respeto, y para vengar sus transgresiones; verdad es que persiguió á Esaú, á los sodomitas y á Caín, pero con poco resultado; la civilización y sabiduría de éstos bastaban para protegerlos contra su impotente cólera, pues hay que reconocer que el progreso estuvo siempre con los que se emanciparon de este Dios. Sólo una voluntad superior comprometió á los sodomitas y á la banda de Coré á romper las cadenas de la esclavitud y rebelarse, como en virtud de una ciencia más profunda fué entregado Cristo á

(1) Teodoreto, *loc. cit.*, 1, 24.

(2) Ireneo, 1, 31. Teodoreto, *loc. cit.*, 1, 15. Nicetas, *loc. cit.*, 4, 11.

la cruz por Judas, el único apóstol instruído. <sup>(1)</sup> No se puede negar que hay en éste algo de divino; su acción es un acto de emancipación, un verdadero beneficio para la humanidad. <sup>(2)</sup> Si alguien merece los honores de la adoración, es Judas. <sup>(3)</sup>

**4. El culto del diablo en la Edad Media y en los tiempos modernos.**—Con esa manera de ver, es inevitable, y hasta muy natural, que haya también actos que prueben de un modo evidente el parentesco con los sodomitas y la banda de Coré; por eso nada hay increíble en las narraciones de atrocidades cometidas por las sectas. Entre los paganos se mantuvo durante siglos la convicción de que hubo verdaderamente esas atrocidades, y por eso torturaron á millares de cristianos, queriendo imputarles las que ellos mismos cometían. Por más que negaban los inocentes, había demasiadas pruebas, y muy convincentes de que tales hechos se cometían en realidad, para que se adelantase algo con negar; pues los sectarios se hacían constantemente pasar por cristianos, bien que nada tuviesen de tales: así toda la vergüenza de sus acciones recaía en la misma religión cristiana. Esa fué también la principal razón por que no querían que se les quitase el nombre de cristianas, pues de este modo el odio que se les tenía recaía en el Cristianismo, y podían, con ese manto, entregarse con mayor seguridad á sus infamias.

Pero lo mismo que las doctrinas diabólicas de los gnósticos y de los maniqueos se mantuvieron hasta la Edad Media, y aún más adelante, así las prácticas diabólicas de las sectas citadas continuaron siempre en la oscuridad. No sólo intervino contra ellas la Iglesia, sino también el poder civil, pues tenían fama de entregarse á los vicios más abominables: eso dió por resultado que las sectas, ya en tiempo de Tertuliano, hicieran del misterio un arte y una ciencia, en relación evidente con los cultos y los mis-

(1) Tertullian., *Præscr.*, 47. Teodoreto, *loc. cit.*, 1, 15.

(2) Agusín, *Hær.*, 18.

(3) Juan Damasc., *Hær.*, 38.



terios esotéricos de la antigüedad, <sup>(1)</sup> convirtiéndose en asociaciones secretas en el sentido propio de la palabra.

Á principios de la Edad Media aumentaron mucho esas asociaciones, viniendo en parte de Oriente y en parte de los judíos por la España musulmana; á ellas debe atribuirse el que los errores de los albigenses se extendieran de un modo increíble en muy poco tiempo, pues estaban hábilmente organizadas, usando un lenguaje por signos y secretos especiales. Cuando en las terribles luchas entre la Iglesia y el Estado dejó el Cristianismo poco á poco de ser el poder dominante; cuando la más osada incredulidad pudo manifestarse públicamente en las cortes de Federico II y de Juan sin Tierra, ya no consideraron necesario permanecer tan completamente en la sombra; público era que toda la Europa meridional y occidental estaba llena de logias, ó como entonces se decía, de escuelas. Eran las ciudades universitarias los focos de aquellas sectas, pero nunca nos asombraremos bastante de que las hubiese también en pequeñas localidades apartadas de toda comunicación.

Esos servidores del diablo hallaron un terreno muy favorable á su doctrina y á sus procedimientos en la Orden de los Templarios, y no es posible ya dudar de la parte que en ellos tuvieron éstos. Recientemente, varios historiadores, en especial Kugler y Doellinger se han ocupado en esa cuestión, y tuvo gran resonancia el que Hans Prutz, así como hasta el mismo Leopoldo Ranke, evidentemente obligados por la fuerza irresistible de los testimonios, los hayan considerado como gravemente culpables.

Pero conocemos todo el interés que nuestros sabios sienten por los criminales antiguos, y encontramos así más comprensible que ese rasgo característico aparezca de nuevo tan vivo en la cuestión presente. En modo alguno necesitamos dejarnos engañar con relatos y hechos dudosos; aun admitiendo que haya mucha exageración en lo que hombres sensatos nos dicen de sus horribles crímenes, <sup>(2)</sup> los

(1) Tertullian., *Adv. Valentin.*, l.

(2) Tomas Walsingham (Mansi, *Coll. concil.*, XXV, 409, b. c.).

relatos y los juicios de la Iglesia inspiran plena confianza, vista la manera prudente y moderada de expresarse en este punto; <sup>(1)</sup> en todo caso, estamos autorizados para creer que el renegar de Cristo, los ultrajes á la cruz y ciertas prácticas que recuerdan mucho el genuino culto del diablo fueron ejecutadas con frecuencia por los Templarios, <sup>(2)</sup> lo cual no quiere, sin embargo, decir que la Orden, como tal, haya llegado hasta aquellas infamias. Por eso no dudamos en manera alguna que dijese verdad los caballeros que, en presencia de la muerte, aseguraban con juramento la inocencia de su Orden, estando plenamente convencidos de ello; pues si los miembros de una sociedad secreta no saben, en su mayoría, lo que se propone su asociación, ni lo que practica, ¿con cuánta más razón procederían de buena fe los que en la Orden del Temple se habían mantenido alejados de toda alianza secreta criminal?

Estrecha relación con este asunto tiene la historia de los Stadingos; los crímenes que se les imputan son, por su naturaleza, iguales á los que se atribuyen á los Templarios; son un verdadero culto del diablo, aunque más grosero <sup>(3)</sup> que el practicado por los distinguidos miembros, algunos distinguidísimos, de aquella Orden. Sin embargo, quien sepa ver el fondo de las cosas sin pararse en apariencias, reconocerá que nada nuevo hay en esto.

Por otra parte, debe tenerse presente una observación de gran importancia cuando se juzga este asunto y otros semejantes; claro es que en la Edad Media, ó al principiar los tiempos modernos, el pueblo no empezaba por estudiar en San Ireneo ó en San Epifanio los vergonzosos procedimientos de las antiguas sectas, cuando hablaba de crímenes cometidos por los Templarios, por los Stadingos y en los conciliábulos de la brujería. Con la misma certidum-

(1) Clemente V, *Ad providam* (Mansi, XXV, 389, c.).

(2) Clemente V, *Ad Ppilipp. reg. Franc.* (Mansi, XXV, 371, b.); *Conc. Londin.*, 1311 (Mansi, XXV, 425, d. 428, a. 431, c.); *Conc. Eborac.*, 1311 (Mansi, XXV, 447, a.).

(3) Gregor. IX, *Epist. ad Henricum imperat. Frider. Fil.* (Mansi, XXIII, 324, b. c.). Raynald., 1233. 43.